



RICHARD
MATHESON

OTROS
REINOS

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y sucesos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

© Otros Reinos.
© 2010, Richard Matheson

Traducción del inglés: © 2015, Andrés Lomeña
y © 2015, Ana Barreiro

Ilustración de cubierta: © 2015, Daniel Expósito
Ilustraciones de interior: © 2015, Barb Hernández

Corrección y edición: © 2015, Sergio R. Alarte
Maquetación y diseño: Kharmedia (www.kharmedia.es)

Primera edición: Julio 2015

Derechos reservados para España:

© Kelonia Editorial 2015
Apartado de correos 56.
46133 - Meliana (Valencia)
kelonia.editorial@gmail.com
www.kelonia-editorial.com

ISBN: 978-84-942964-7-5
Depósito legal: V1851-2015

OTROS REINOS

RICHARD
MATHESON

*Con todo mi amor para Ruth Ann,
la única bella princesa de mi vida.*

AGRADECIMIENTOS

Mi enorme gratitud y amor para Diana Mullen por su incansable asistencia en la preparación de este libro. Ha sido una atalaya de paciencia y auxilio.

Y a mi hijo Richard por su cariñoso apoyo y ayuda.

«Qué visión del mundo más distinta irrumpe ante nosotros cuando nos abrimos a la vida espiritual en la Naturaleza...

Hacer esto a propósito... es experimentar un aliento que no conoce final. Te guía puerta tras puerta, umbral tras umbral...».

Marjorie Spock

INTRODUCCIÓN

Para empezar, mi nombre no es Arthur Black. Mi apellido es White. Mi nombre de pila es Alexander. El editor de mis veintisiete novelas decidió que Alexander White no era un nombre apropiado para el autor de la serie “Medianoche”, con destacados títulos como *Sed de sangre a medianoche* y *Hambre de carne a medianoche*. Además de otras veinticuatro obras de buen gusto. En consecuencia, me dio el nombre de Arthur Black. Me pareció bien. Necesitaba el dinero. Logré llegar a un acuerdo de tres mil dólares por entrega (tres mil quinientos, más tarde).

A pesar de mis treinta años de cuestionable trayectoria, dudé a la hora de escribir este libro. ¿Por qué? Porque es verdadero. Por más que haya maravillas y terrores indescritibles (que de un modo u otro he intentado describir), cada incidente es real. Sin duda dudarás de esta afirmación. Releyendo mi manuscrito, he tenido la tentación de cuestionarla yo mismo. Sin embargo, mi explicación es verdadera. Lo juro.

Olvida las series de “Medianoche” (suponiendo que hayas tenido el poco criterio y la calderilla para poder leerlas). Esto no es (*no es, insisto*) ficción. Aunque pueda resultar raro, increíble o escalofriante (y he intentado no exagerar los elementos más grotescos), no dudo

ni por un momento que todo ocurriera en 1918, cuando tenía dieciocho años.

Ahora tengo ochenta y dos, lo cual te da una idea de cuánto he esperado para escribir este libro.

Arthur Black (como me conoces)

9 de febrero de 1982

I

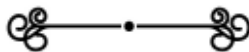


CAPÍTULO UNO

Nací en Brooklyn, Nueva York, el veinte de febrero de mil novecientos; el segundo hijo del capitán Bradford Smith White, de la Marina de los Estados Unidos, y de Martha Justine Hollenbeck. Tenía una hermana, Verónica, más joven que yo, que murió el mismo año que empezaron estos extraños incidentes.

El capitán Bradford Smith White fue un cerdo. He bajado el tono después de todos estos años. Fue un completo cerdo. No, no lo era. Estaba enfermo. Tenía un cerebro retorcido, plagado de sombras, se podría decir.

Verónica y yo (sobre todo Verónica) sufrimos mucho en sus manos. Su educación estaba basada en la disciplina. Creo que la Marina lo eximió de las más básicas normas sociales. ¿Dónde más se habría consentido su comportamiento próximo a la demencia? Nuestra madre, de corazón tierno y cariñosa, murió antes de cumplir los cuarenta. Debería decir, más bien, que “escapó” antes de llegar a los cuarenta. Su matrimonio fue una estancia dilatada en el infierno.



Pondré un pequeño ejemplo:

Un día de marzo de mil novecientos quince, mamá, Verónica y yo recibimos una invitación (una orden) para asistir a una cena en el barco de papá (un barco de abastecimiento, según recuerdo). Ninguno de nosotros quería ir, pero había pocas alternativas: o aceptábamos la cena en el barco de papá o, de negarnos, varias semanas (quizás un mes) de castigos por determinar.

Así que nos pusimos nuestras mejores galas y fuimos conducidos a las atarazanas, solo para descubrir que el barco de papá estaba anclado en el río Hudson, azotado por los pequeños tsunamis que provocaban unos vientos huracanados.

¿Algún marido y padre en su sano juicio habría permitido a su familia vivir una experiencia tan arriesgada? Te lo pregunto a ti, ¿acaso cualquier marido y padre en su sano juicio no habría cancelado esa loca aventura y llevado a su familia a un restaurante decente? Respondo por ti: claro que lo habría hecho. ¿Se comportó el capitán Bradford Smith White como si estuviera en su sano juicio? Adivina. Habíamos quedado para cenar a bordo del *USS White*. Debería haberse llamado *USS Cerdo*. Si todos nos hubiéramos ahogado en ruta —¿cómo lo diría hoy un criminal?—: a joderse. Desafortunado pero inevitable.

Nos metimos, a trompicones, a bordo del bote del Capitán —su lancha privada— y salimos. Los toldos de los lados se bajaron, toda una concesión de papá a la realidad, no cabe duda. El viento, sin embargo, soplaba con tanta fuerza que los toldos flamearon desde abajo, duchándonos con el río Hudson. No hace falta decir —lo diré igual— que las olas estaban más que agitadas; eran como riscos. El bote se estremeció y rebotó, se inclinó y sacudió. Mamá suplicó al Capitán que regresáramos, pero él permaneció inflexible, con

los labios sellados y lívidos. Llegaríamos al barco “de inmediato”. ¿En realidad usó la expresión, o debería de decir que la destrozó? Mamá cogió un pañuelo para sus labios, sin duda para prevenir la pérdida de cualquier comida previa a ese día. Verónica lloraba. Me retracto: intentó no llorar (en vano) porque el Capitán desaprobaba sus lágrimas, dejándolo meridianamente claro con su oscura mirada desdeñosa.

De alguna forma, a pesar de mi convicción de que todos estábamos destinados a ir a parar al fondo del río, llegamos, aún vivos pero mojados, al barco de papá. Sin embargo, querido lector, nuestra mareante pesadilla acababa de empezar. Verás, no había ningún paso adecuado para la cubierta, solo una escalera exterior de metal, la cual estaba balanceándose en el agua por el oleaje. El clan White ascendió con resbalones y patinazos por esa escalerilla, totalmente convencido de que la muerte de una forma u otra —por caída o ahogamiento— era inminente. (En realidad, primero vendría la caída, luego nos hundiríamos en el profundo mar).

El farol del bote resplandecía —aumentando nuestro ciego ascenso— igual que el del barco, también encendido. Mamá fue primero, ayudada (de una manera torpe) por un marinero asustado. Para mi asombro —e incrédulo alivio—, no se cayó ni se hundió; alcanzó la cubierta, algo mojada pero ilesa.

Verónica fue la siguiente. En ese momento, pedí un poco de esperanza a los ángeles guardianes. Abandonando por completo su esfuerzo para no llorar y ofender al Capitán, subió con trabajo y con ayuda la escalera encharcada, resbalando más de una vez y derramando abundantes lágrimas y sollozos.

Yo era el siguiente. Mis manos estaban entumecidas de agarrar con rigidez el frío pasamanos de la escalera. Para mí no había ayuda. O bien mi padre asumió que era lo bastante fuerte para valerme por

mí mismo, o albergaba un deseo oculto de que me cayera en una tumba de agua y lo librara de un hijo irritante.

Sea como sea, subí solo, apretando el pasamanos de la escalera con ambas manos. Encima de mí —intenté no mirar pero lo hice, distraído por el aleteo salvaje de la falda de Verónica, posando la mirada en algún punto de su ropa interior— una visión fugaz de humedad. Nada sorprendente. Yo hice igual. Me pregunto si mamá también padeció lo mismo. La debilidad no podía haber venido del lado de los genes de mi padre. Si este tenía alguna debilidad, era su total incapacidad para identificarse con otros seres humanos.

En algún punto de ese ascenso que desafiaba a la muerte, Verónica se desprendió de la escalera, gritando de terror; el tacón de su zapato izquierdo (¿por qué no llevaba botas de montaña?) golpeó mi cabeza (¿por qué no llevaba un casco de bombero?), que empezó a gotear sangre. Un momento delicado. ¿Iba a precipitarse Verónica al río? ¿Iba yo a desangrarme hasta la muerte?

Ni una cosa ni la otra. Verónica, sollozando, afectada en lo más hondo, tan dulce como era, recuperó su paso, ayudada por el marinero que estaba con ella, y otro marinero, un corpulento y pelirrojo bobo que reía entre dientes, la depositó sobre la cubierta. La seguí, y al hacerlo, para mi desilusión, vino el capitán Bradford Smith White con una fina sonrisa en sus labios petrificados. A él le divertía aquel espectáculo. Estoy seguro de que mamá podría haberlo matado. Igual que yo. Dos veces.

Unas palabras sobre mi hermana. Verónica era un alma verdaderamente gentil. Una vez, durante una lluvia torrencial, recogió a un cachorro moribundo que había sido atropellado y abandonado por un motorista a toda velocidad. Lo llevó a casa —a cinco manzanas— en sus brazos. Por un golpe de mala suerte, el Capitán no estaba fuera esa tarde y le ordenó que eliminara a “esa condenada

y quejumbrosa bestia” con el argumento de que no ensuciara la alfombra china hecha a mano.

Solo un ataque de llanto histérico de Verónica —y un atípico zapatazo temperamental de mamá—, por no mencionar unos pocos ataques verbales míos, teñidos con blasfemias impulsivas (por las que luego pagué un precio considerable; dejo eso a tu imaginación) consiguieron que el desbordado capitán Bradford Smith White permitiera de mala gana que Verónica llevara al chucho, tembloroso, callado y todavía ensangrentado, a un rincón vacío del sótano.

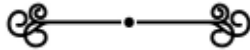
Bajé con ella, desobedeciendo el buen mandato del Capitán de “ir a la maldita habitación” (la negligencia número dos por la que pagué un precio importante). Ahí observé a la querida y dulce chica de noble corazón —que aún lloraba con suavidad, tragándose los lastimeros sollozos—, cuidar con amorosa gentileza del chucho (era, pobre chica, una joven Florence Nightingale), lavándolo y vendándolo con vendajes domésticos, nada menos. (“Al perrito le hacen más falta que a *él*”. Me revelaba —como si yo lo necesitara— su aborrecimiento hacia nuestro padre). Curó los cortes y moratones del chucho, luego besó su cabeza mojada, y lloró de nuevo cuando el perrito lamió su mano.

¿Un final feliz? ¿Quieres un final feliz? Olvídalo. Por la mañana, Verónica acudió al sótano para ver si el chucho estaba bien. No estaba. Corrí a preguntar al capitán Bradford Smith White, de la Marina de los Estados Unidos, y mamá le dijo que su padre se había ido durante el día a realizar sus obligaciones navales, probablemente darle una paliza a algún marinero hasta la muerte con una cadena. Pero estoy divagando.

Verónica lloró desesperada, sospechando lo peor (con toda razón). Corrió afuera. Encontró al perrito en el porche trasero, acurrucado en una caja de cartón destapada. No hace falta decir

—y estoy vengativamente encantado de decir— que todavía estaba lloviendo, y el chucho temblaba entre espasmos; agonizaba. Murió aquella misma tarde. Me gustaría describir la ceremonia del entierro de una afligida Verónica, pero el recuerdo es demasiado doloroso para evocarla con detalles.

Una anécdota más del capitán Bradford Smith White. Una estrella negra más en su *Libro de las canalladas*. Castigó a Verónica (severamente) por estropear una manta, usar una caja de apósitos y cavar una tumba sin autorización en el patio trasero, peor aún, por dirigir un funeral “no cristiano” sin el permiso expreso de la Iglesia. ¿Estaba bromeando? No.

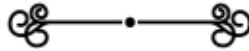


Verónica nunca gozó de buena salud, ni fue lo que se dice robusta. Mamá la llevó —un largo e incómodo trayecto— al hospital naval para el tratamiento. El capitán Ya Sabes Quien no permitiría que Verónica, mamá o yo fuéramos tratados por un médico local. Él era un oficial naval (por la gracia de Dios), y el tratamiento para la familia de un oficial naval tiene (repito, *tiene*) que ser administrado por un hospital o clínica naval. (Por la gracia de Dios).

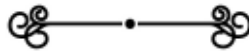
Verónica se puso más débil aquel año. Por aquel tiempo una epidemia de gripe recorría Estados Unidos; ella era ideal para el golpe, apenas opuso resistencia. Pobre, querida y dulce Verónica. Todavía la echo de menos y lloro por su infelicidad.

El Capitán concentró sus brutales efectos en mí, sobre todo en mis años preadolescentes. Yo, un piscis (había sido etiquetado como “el cubo de la basura del zodiaco”), también lloré mucho antes de cumplir quince años. Luego vino mi signo ascendente, lo que quiera que esto signifique (en realidad, sé su significado), que debió crecer y manifestarse con fuerza, por lo que empecé a apartarme del capitán

B. S. Ya no me sometería más. Si hubiera sido el feliz propietario de una pistola cargada, probablemente (no digo “sin ninguna duda”) le habría disparado varias veces. Por Verónica. Por mamá. Por mí mismo. Sin sentir culpa. Eso lo sé. No es más que una justificación enfermiza.



He evitado, tanto como he podido, la narración de mi “terrible cuento”. (Recuerda, por supuesto, que este es, también, un cuento maravilloso). Ya sabes que, además, he estado demasiado vinculado emocionalmente como para transmitirlo durante más de sesenta años. Así que si me olvido de mí mismo y permito a mi Arthur Black filtrar exageraciones comerciales, ten compasión por esa ceguera, ese detalle de la búsqueda de dinero de este autor entrado en años. Te prometo que lo que me dispongo a contar no supura de mi enfermo cerebro. *Ocurrió.*



Regresa conmigo a 1918. Tenía 18 años. La Primera Guerra Mundial estaba en su apogeo. El capitán Bradford Smith White, quería, naturalmente, que entrara en la Marina; intentaría que tuviera una posición “apropiada”. ¿Te sorprende leer que me negué? Me alisté en el ejército de tierra. No puedo describir el intenso placer que experimenté al presenciar la total repugnancia de su cara, cuando le conté las “buenas nuevas”: ¡jiba a la guerra por el tío Sam!

Ahí estaba yo, un recluta del ejército, destinado sin remedio a Francia.

Este no fue el comienzo exacto de mis pesadillas, pero definitivamente es un buen principio.



CAPÍTULO DOS

El 16 de abril de 1917, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania. No tengo ni idea de qué quiere decir una “declaración” de guerra. Supongo que significa: “Ahora abriremos fuego con proyectiles y balas y esperamos una completa reciprocidad”. O quizás: “Ya no eres nuestro amigo y por esa razón declaramos que te consideramos nuestro enemigo”. O algún otro sinsentido por el estilo.

El 7 de julio, el Día Nacional del Reclutamiento, me alisté y finalmente llegué a ser una persona insignificante del 111 de infantería, división veintiocho de la Fuerza de Expediciones Americana (FEA). Ya te he contado la reacción de mi querido y viejo padre a mi rechazo a la Marina de los Estados Unidos. Después de darle la noticia, se retiró al baño para expulsar al menos dos meses (probablemente más) de bilis acumulada hasta esa desagradable información.

Más tarde, descubrí que el reclutamiento era obligatorio para cualquier joven patriota entre veintiún y treinta y un años. Así que podría haber esperado. ¿Y privarme del placer de ver la cara del Capitán contraída del disgusto? No, lo hice en el momento adecuado. Podrían haberme matado antes. No importa. En realidad, podrían haberme matado igual.

En julio, me enviaron en tren (era un mero paquete para enviar de un lado a otro) al campo Kearny, en California, donde prescindí de mi elegante figura con atuendo arrugado y sombrero de Boy Scout, para pasar tres semanas con el mono puesto. Durante dieciséis semanas, aprendí las habilidades de la guerra a campo abierto, parte de la cual era la guerra de trincheras. El general Pershing no aprobaba esto: él prefería las ofensivas.

Me dijeron que era un “hombre rifle”. Debido a la escasez de suministros, nuestros rifles estaban hechos de madera; solo tuvimos unos reales en el campo de tiro. También nos enseñaron la “operación” de la bayoneta. Llegué a creer que un herido de bayoneta requeriría una operación, comandante. También nos instruyeron en camuflaje. Como si eso fuera a ser útil en las trincheras.

El capitán Bradford Smith White habría estado orgulloso por el hecho de que no había “negratas” en mi compañía; estos servían exclusivamente en un regimiento segregado. Más tarde (el Capitán *no* habría estado orgulloso) se integraron por completo en el ejército francés, provistos de cascos franceses, rifles y otro equipamiento. Los negros que se quedaron en la FEA llevaron a cabo prestigiosos servicios como cavar tumbas y pelar cebollas.

¿Por qué nos llamaban “masas”¹? Me contaron que los soldados que marchaban en los desiertos del Sudoeste terminaron cubiertos con tanto sudor teñido de polvo que parecían rebozados de adobe. “Adobe” fue, en algún momento, alterado como “masa”. Probablemente no sea verdad, pero es una explicación tan buena como cualquier otra. ¿Se parecían los botones de la blusa de los soldados a trozos de masa frita? Lo dudo.

1 Nota del traductor: el término *doughboy* era un modismo de la Primera Guerra Mundial para referirse a los soldados de infantería. *Dough* significa masa para cocinar y se ha optado por traducir la palabra para aprovechar su polisemia.

El 7 de diciembre de 1917, Estados Unidos declaró (otra vez esa palabra) la guerra al Imperio Austro-húngaro. Ahora sí que no había salida.

Me enviaron al extranjero en un pequeño transatlántico británico. Dormimos en una cubierta baja, los oficiales en las literas superiores. La comida, siendo generoso, era condenadamente horrible, el olor era incluso peor, el agua apenas se podía beber; hubo momentos en los que casi me arrepentí de no haber aceptado la oferta del Capitán de ayudarme. Casi.

Para llegar a Brest se necesitaron trece días de vomiteras. Allí, con el estómago vacío, nos transportaron en “cuarenta y ochos” franceses. (Vagones para cuarenta *hommes* y ocho *chevaux*, caballos). Viajando en este plan, nos llevaron al sector británico y, desde allí, nos trasladaron en unos camiones pequeños, viejos y ruidosos al “frente”, un eufemismo para la Zona Mortal. Allí, nos animábamos con champán francés barato, que iba a setenta céntimos el litro² en aquel tiempo, a cinco dólares cuando la demanda excedía la oferta, o cuando los franceses descubrían que teníamos más dinero del que sabíamos gastar y no querían que saltáramos por los aires con monedas en nuestros bolsillos. Pagábamos cualquier tarifa.

A principios de diciembre de 1917, “entré” en las trincheras. Así era como lo decían. “Entré” en las trincheras. Como si fuera una aco-tación teatral. Lo cual, en algún sentido, sí que era cierto. El problema de la obra era que la farsa o tragedia de un solo acto estaba protagonizada por nosotros... sin la esperanza de un final feliz. Y, posiblemente, ningún intérprete se quedaba hasta el final para recibir el aplauso del público. Hasta la próxima temporada, cuando un elenco de actores completamente nuevo era llamado para expresar sus sentimientos o morir.

2 El cuarto de galón [quart] varía según el país, pero se aproxima a un litro.

Así que, física, mental y militarmente poco preparado, entré en las trincheras.



CAPÍTULO TRES

¿Cómo describo la “vida” en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial? ¿Histórica o pastoral? Para citar a Polonio: ¿Trágica, histórica, cómica? ¿Pastoral o cualquier otra cosa? ¿Quién sabe? No soy el bardo de Avon. Soy Arthur Black. Quizás *Hamlet* más *Macbeth* más *El rey Lear* más alguna otra de las glorias de los escenarios concebidas por Shakespeare. Una pena que él no escribiera *Inferno*. Eso se habría acercado más.

Aquí no entraré en detalles. Los guardaré para mi historia, algo más tarde. Corrección: para mi *explicación*. Todo lo que diré, en este momento, es: “Para mi sorpresa, fue divertido”. Salvo algunos pequeños elementos. Las miles de ratas, por ejemplo. Les disparamos, las aplastamos con palas, etcétera. No a todas. Las había que nos avisaban de los bombardeos inminentes: desaparecían con antelación.

Hablando de bombardeos, otro elemento que apuntaré en este momento. Donde nos encontrábamos, o eso me contaron, antes había bosques y campos de cultivo, pero estos habían sido *artillerizados* (me he inventado esta palabra) y convertidos en un montón de troncos reducidos a astillas.



El shock del proyectil.

Las explosiones, como sabrás, crean un vacío, y cuando el aire vuelve, crea una convulsión en el líquido cefalorraquídeo, que tiene la tendencia de —¿cómo decirlo con discreción?— volver malhumorado a un compañero. No hay problema. La masas malhumoradas se eliminaban de la fila y eran tratadas, con delicados cuidados, en una de las muchas glamurosas residencias del país galo. Eso puede ser una exageración. De hecho, lo es. Los que sangraban por las orejas y chillaban de dolor eran eliminados de las filas, y probablemente no volvían a ser vistos jamás.

Ahora voy a darte detalles. Lo siento. Uno más. Los ataques al alba por los representantes de la Triple Alianza: Alemania, Austria-Hungría y Luxemburgo. Eran oponentes admirables porque se habían estado preparando desde nueve años antes que el resto de nosotros. Lo discutían desde mil ochocientos ochenta y ocho.

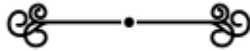
No más detalles espeluznantes hasta más tarde. Seguidores de Arthur Black, esperad: se os saciará vuestro demente apetito, os lo aseguro. Por el momento, me remitiré a una información más técnica. (Los fans de Arthur Black pueden elegir saltarse la próxima sección. Aunque, si lo hacen, llamaré al Gran Dios Horripilante para chupar los tuétanos de sus huesos. Vosotros mismos).

Seguimos adelante. La vida en las trincheras no era muy divertida. Menuda sorpresa. Era menos que divertida. Dos millones de nosotros fuimos a Francia. Menos de doscientos mil regresamos. ¿Te da eso una idea? Me llevó mucho tiempo escapar de la angustia de los recuerdos.

La trinchera en que viví tenía cinco pies de profundidad más tres pies de sacos de arena. Me alegra que fuera una trinchera franco-británica. Me dijeron que las trincheras estadounidenses solo tenían cuatro pies de profundidad, lo que apenas impedía que te volaran

la cabeza. Nosotros teníamos un nivel para abrir fuego, lo que permitía a los más valientes quemar a los alemanes o lanzar granadas de mano. Éramos buenos en esto último por nuestra experiencia en el béisbol. ¡*Strike* tres! ¡Adiós, señor Kraut! Al menos esa era mi fantasía como Arthur Black.

Los británicos, más astutos, pusieron un énfasis adecuado en la vida de la trinchera. Las granadas de mano, las armas de fuego y los morteros iban con su estilo. Además, advertían sobre la tendencia de los alemanes a hacer lo mismo. Mejor para ellos. Si no fuera por sus palabras admonitorias, podrías estar ante una colección de páginas en blanco. *Nada a medianoche* de Arthur Black.



Pasar caminando aquella tarde ante Harold Lightfoot cambió toda mi vida.

He dicho “caminando”. Se acercaba más a arrastrarse, pues el suelo de la trinchera tenía tres pulgadas de barro de profundidad. Domingo por la tarde. O los alemanes estaban practicando el Sabbath, o se habían quedado temporalmente sin munición.

En cualquier caso, salpiqué, con una porquería viscosa y marrón, las piernas y el regazo de un joven sentado al que no vi y que limpiaba un arma. Digo “un arma” porque, al mezclarse con el barro, no había forma de averiguar cuál era. Solo sé que tenía la longitud de un rifle y estaba asquerosamente manchada.

—¡*Eh, JD, vigila el paso!*— fueron las primeras y rotundas palabras del joven hacia mí.

—Lo siento —fue mi respuesta inmediata.

—Sí, de veras que *deberías* sentirlo —pronunció—. Limpiar esta escopeta no es coser y cantar, ¿sabes?

Necesité subtítulos para eso.

—¿Escopeta? —me atreví a decir. ¿En una trinchera francesa?
¿Con un soldado británico?

—Sí, una escopeta —replicó—. La que te vuela los sesos.

—No, yo... —una vez más, no me salían las palabras. Todo lo que pude hacer fue repetir lo de antes (con una palabra extra):

—Lo siento *mucho*. —Intenté sonreír lo mejor que pude—. No me di cuenta... —Señalé hacia el suelo de la trinchera—. El barro es muy *profundo*.

Mis disculpas renovadas —y supongo que mi sonrisa— funcionaron, rompieron el hielo, mitigaron al damnificado, quienquiera que fuera.

—Está bien —dijo. Me devolvió la sonrisa, la más dulce que había visto desde la de Verónica. Me encandiló. Tendí mi mano.

—Alex White —le dije.

Él ofreció su mano. La más pequeña que he visto desde la de Verónica. Pero era fuerte. Su apretón era de acero.

—Harold Lightfoot —dijo. Casi me reí, pero conseguí reprimirme. ¿Lightfoot? El nombre más extraño que he escuchado desde... ¿desde cuándo? Desde el capitán Bradford Smith White. No, papá era la *persona* más extraña. O casi. Aguarda.

—¿Adónde vas, Alex? —preguntó—. ¿Deambulabas? ¿Echabas un vistazo?

Reí un poco. ¿Hablábamos el mismo idioma?

—No —dije—. Solo estiraba las piernas, supongo.

—Esto está muy tranquilo —dijo como si hubiera entendido mi comentario.

Decidí que lo había comprendido.

—Los alemanes tienen que estar rezando —dije.

Él se rio entre dientes.

—Podría ser —admitió—. ¿Por qué rezarán?

—Por nuestra destrucción, por supuesto —respondí.

Él rio entre dientes con más ganas.

—Seguro que eso es para provocar —dijo. Olfateó y gesticuló hacia la caja de madera sobre la que estaba sentado. Contenía sopa—. ¿Te unes a mí, Whitehead?

—White —le corregí—. Gracias. —Me senté sobre la caja, junto a él—. Muy generoso de tu parte.

—Al diablo con eso —dijo. Otra vez el lenguaje. (Sonreí —de forma tenue— como si yo pensara eso también)—. Necesito compañía. No sé una maldita palabra de francés. Y los Tommies³ son una MGR. Perdona. MGR significa “mala ganga del rey”. Soldados podridos. ¿Lo pillas?

—Lo pilló —dije yo, sonriendo.

Me devolvió otra vez su sonrisa. Absolutamente encantadora.

—Me alegra oír eso —dijo.

—¿Y JD? —pregunté.

Me miró avergonzado.

—No coges una —dijo.

—¿Significa... jodido desgraciado? —intenté adivinar.

—Algo así, Whitehead —confesó.

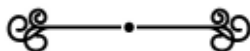
—White.

—Sí, me equivoqué de nuevo. —Con esa sonrisa es probable que lograra el perdón de la pena capital por un crimen.

Antes de continuar, déjame explicarte (parcialmente) mi primer comentario en mi introducción a Harold Lightfoot: él cambió mi vida entera. Lo hizo. En esencia para mejor. No del todo, sin embargo, como, por citar a Arthur Black “descubrirás, para tu agrado, más probablemente para tu...”. Bien, dejémoslo ahí. No quiero asustarte

3 Soldado británico raso.

tan pronto. Solo déjame decir que, sí, definitivamente, Harold Lightfoot cambió mi vida.



—Eres un yanqui —dijo Harold Lightfoot—. ¿De dónde?

Le dije que de Brooklyn, Nueva York, e inmediatamente soltó una detallada lección, informándome de que, por supuesto, era un hecho conocido que Inglaterra tenía una ciudad llamada York. Teniendo en cuenta que el “nuevo” mundo fue fundado exclusivamente por inmigrantes ingleses (según Harold), llamaron a esa ciudad *Nueva York* (el énfasis es suyo), seguida de una conversión de Jersey en *Nueva Jersey*, Hampshire en *Nueva Hampshire*, y absolutamente todo el conjunto en *Nueva Inglaterra*.

Estaba acabando su lección cuando los alemanes, que habían terminado el Sabbath o habían recibido un nuevo envío de munición, descargaron unas pocas docenas de proyectiles mortales en nuestras trincheras, varios de los cuales cayeron en nuestro sitio. Optando por la cautela más que por el desmembramiento, Harold Lightfoot (su rápido movimiento concordaba con su apellido) y yo nos retiramos a toda prisa a lo que llamábamos “la cueva”, en la parte trasera de la trinchera. Allí dormíamos, cocinábamos nuestro exquisito estofado —un guiso hecho de “carne de mono” (ternera mala) y cualquier otro comestible por ahí tirado que no fuera mortalmente venenoso—, nos comíamos nuestra porquería (llamada así con mucho tino), dormíamos y soñábamos con nuestras tonterías. Allí, Harold Lightfoot y yo nos encogíamos de miedo mientras el mundo explotaba a nuestro alrededor.



CAPÍTULO CUATRO

Desde entonces, mi amistad con Harold Lightfoot consistió en (1) la interpretación del lenguaje y (2) información militar general. Una vaga idea de ello aquí abajo.

Uno:

- a. “¡Y los cerdos pueden volar!” significaba “Sí, claro” (sarcasmo).
- b. “Tan cerca como maldita sea” significaba “Esa estuvo cerca”. (Usada a menudo con las bombas mortales que caían a nuestro lado).
- c. “Tan fácil como besar tu mano” significaba “Pan comido”.

Dos:

a. Fuimos “liberados” de nuestro modelo Springfield de 1903, un fusil del calibre .30 con acción Mauser. Se reemplazó por el Short Magazine Lee-Enfield P17, del calibre .30.06. (Cómo Harold recordaba todos esos detalles, aún me desconcierta).

b. Las granadas de mano se activan del siguiente modo: (1) Tirar de la “cuchara” (la palanca de metal). (1a) *Aguantar* la cuchara hasta estar listo para (2) Arrojar la granada (preferiblemente al enemigo), que explotará, desparramando fragmentos de granada a ochenta pies (el paso (1a) era esencial, enfatizaba Harold).

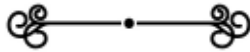
c. ¿Bayonetas? Olvídate. Un rifle con una bayoneta pegada pesaría demasiado. ¿Y los revólveres del calibre 0.45? Solo para oficiales

y personal experimentado. ¿Escopetas? Le pregunté a Harold por la suya. Me contó que la había adquirido en un intercambio. La escopeta se llamaba “escoba de trinchera”. (Piénsalo). Los alemanes pusieron objeciones. Violaba las “reglas de la guerra”. A menudo me pregunté qué clase de persona concibió esas “reglas”, que deberían haber sido: “Quédate en casa y no intentes arreglarlo”.

d. Estate atento al “gas persistente” en los agujeros de los proyectiles. El envenenamiento por arsénico era un derivado de las explosiones de las granadas. Devoraba los testículos de cualquier hombre que tomara como refugio uno de esos agujeros de proyectil. Por no mencionar la desfiguración facial.

e. Mantente alejado de los prostíbulos. La sífilis y la *gonoreia* (¿deletreando?, nunca supe escribirlo correctamente) pueden perjudicar tus habilidades de soldado.

f. Olvida lo que el ejército te enseñó sobre camuflaje. ¿En una trinchera?



Harold mencionó Gatford una tarde nublada, antes de otro ataque por tierra. Estaba muy pesimista, imagino. O quizás no. En cualquier caso, mencionó Gatford.

—Me pregunto si alguna vez volveré a casa —empezó.

—¿Cuál es tu hogar? —pregunté.

—Gatford —respondió.

—¿Dónde está eso? —pregunté.

—Un pueblo del norte de Inglaterra —me contó Harold.

—¿Es bonito?

—Maravilloso —dijo Harold. Nunca había usado esa palabra.

No, una vez. En referencia al tamaño extremo de los pechos de cierta mujer. Pero esto era más conmovedor.

—Lo echas de menos, entonces —dije.

—¿Y quién no? Es maravilloso —afirmó por segunda vez. Me di cuenta de lo que le importaba aquel lugar.

—Gatford —dije.

—Gatford —repitió.

—Y dices que es maravilloso.

Harold frunció el ceño.

—¿Te estás riendo de mí? —dijo.

—No, para nada —respondí, sintiéndome culpable de que pensara así—. Nunca diría que Brooklyn es maravilloso.

—Ah, vale —dijo Harold, con esa sonrisa. Admiraba esa sonrisa.

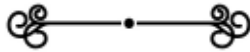
—Háblame de él —dije.

Gatford, me contó, estaba en la parte norte de Inglaterra, unas treinta millas al sudeste de... no, no creo que te vaya a contar dónde está. Es posible que te dé por ir allí y eso sería una mala idea por una serie de razones que enumeraré en breve. Por ahora, acepta que Gatford está a treinta millas aproximadamente de... Y no creas que al saber su nombre será mucho más fácil de localizar. Qué va. Si Harold no me hubiera dado instrucciones precisas, nunca lo habría encontrado. Ni tú tampoco. Y Harold ya no está.

¿Qué era tan maravilloso de Gatford? Harold tenía poco éxito a la hora de contármelo. Todo lo que pudo repetir fue “maravilloso”. Los jardines, las casas de campo, las tiendas, el... en definitiva, la región entera, toda entera era “maravillosa” (y un poco “diferente”). Eso nunca lo explicó. Apenas tenía información específica sobre el pueblecito de Harold Lightfoot, excepto que era “maravilloso”, algo que reiteraba. Por un breve espacio de tiempo, antes de que el sentido común interviniese, tuve la sensación de que Gatford le había hipnotizado de alguna forma para que lo describiera con una sola palabra. Luego abandoné esa idea. El capitán Bradford Smith

White había dado forma a todos los imaginativos pensamientos de mi psique. Dios, cómo cambió eso. Como descubrirás, afortunadamente para ti, y más probablemente para tu... Bueno, ya has escuchado eso antes. Es el estilo Arthur Black.

En cualquier caso, Gatford se instaló en mi mente como una maravilla sin identificar al norte de Inglaterra. En aquel momento, la falta de una ubicación determinada no me importaba, pues no tenía intención de visitar aquello.



Y cuando pasaron las semanas, mi amistad con Harold Lightfoot creció considerablemente.

La tarde que lo mataron estábamos discutiendo sobre la utilización de la escopeta. Parábamos la conversación con retiradas atropelladas a la cueva más cercana, para evitar los efectos directos de los proyectiles que estallaban. Esta vez, mi curiosidad no tenía que ver con los efectos del “disparo” de una escopeta. Lo había visto, había sentido náuseas por el fogonazo y lo comprendía. En lugar de eso, mi curiosidad tenía que ver con la forma de intercambio. ¿De quién consiguió Harold la escopeta? ¿Cómo pagó por ella?

Harold prefirió no revelar la identidad del mercader de la trinchera.

—No es una buena idea —señaló. Si dijera quién es el mercader, sería arrestado, y posiblemente, sometido a la ley marcial. Eso no me preocupaba. Solo tenía interés en el método de pago. ¿Dinero? No pensé que los ingleses hicieran eso habitualmente. A menos que fueran de rango alto. ¿Un trueque? ¿A cambio de qué?

Harold, quizás incómodo por ocultar la procedencia de la escopeta, me reveló con qué había pagado el arma en cuestión.

—Oro —dijo.

—¿Dónde conseguiste oro? —pregunté.

—Me lo enviaron —dijo.

—¿Quién? —pregunté. ¿Se dice quiénes? Nunca lo supe.

Dudó. ¿Por qué?, me pregunté. ¿Habría cometido un crimen?

Y fue como si leyera mi mente.

—No lo robé, Alex —dijo.

—Entonces... —Aún resultaba misterioso para mí.

—Mi familia me lo envió —dijo después de otro titubeo.

—¿En serio? —solté, impresionado. Ahora no tenía sospechas, solo sentía curiosidad—. ¿Tienen una mina de oro?

—No —ahora rio sin complejos—. Ellos simplemente...
—Otra duda, como si fuera a ir demasiado lejos—. Saben cómo conseguirlo —me dijo.

¿Dónde? Pensé. Decidí no presionarle más.

—¿Qué son, monedas? —pregunté.

Se rio otra vez, en esta ocasión de buena gana.

—No, un trozo —dijo.

—Un trozo —dije.

Asintió con una sonrisa.

—¿Cómo es de grande ese trozo? —pregunté.

—Como tu cabeza —dijo con la cara seria. Sabía que estaba bromeando. Dejé el tema. No era de mi incumbencia. Me habría gustado saber más, pero Harold no se iba a molestar en discutirlo. El porqué lo supe más tarde.

Era el momento en el que las granadas de mano empezaban a caer en nuestro segmento de la trinchera. La primera explotó casi sin causar daños, enterrada bajo el barro. Antes de que la segunda cayera, Harold y yo nos estábamos escondiendo en nuestra porción de la cueva.

Debería haber sabido qué significaba que Harold gruñera y se agitara detrás de mí. No es una excusa decir que no era consciente,

pero no podía concebir que uno de nosotros pudiera morir. Ni Harold ni yo. Éramos invencibles.

Por supuesto que no lo éramos. En ese momento pensé que el cese de la lluvia de granadas suponía el final de los problemas. ¿Cómo podría yo saber, o más bien debería decir, por qué no sabía que la herida de Harold era mortal?

La primera constatación de la horrible verdad me afligió seriamente cuando le vi recostado en la trinchera, con una mueca de dolor en su rostro, con los dientes apretados y las mejillas tensas, los ojos casi cerrados, mirando hacia la nada.

—Harold —dije. (¿Era ese graznido de soprano realmente mi voz?). Gateé hacia él.

Dos soldados británicos intentaron incorporarlo.

—¡No, no lo hagáis! —jadeó. No supe por qué de inmediato.

—Estoy mejor así —dijo. O creo que dijo eso, su voz era prácticamente ininteligible.

—¿Por qué? —recuerdo preguntar estúpidamente, como luego se vio.

—Porque... —balbuceó—. Mis entrañas van a romper filas —creo que añadió después. Si realmente dijo aquello es otra gran curiosidad que tengo. No obstante, era la verdad. Unos minutos después, cuando un médico intentó atenderlo, Harold gritó de dolor y capté una (horrorosa) visión fugaz de su herida. Lo único claro eran los huesos hechos añicos y los intestinos desgarrados y sanguinolentos. Aquella visión me ha acompañado hasta hoy.

Harold dijo mi nombre, me agaché junto a él, con un flujo constante de lágrimas nublando mi mirada.

No sabía y aún sigo sin saber cómo llegó a sonreír en medio de todo ese dolor insoportable. Pero lo hizo. Esa sonrisa endiablada-mente encantadora. Incluso con la sangre goteando de sus labios.

—Escucha —consiguió decir—, cuando vayas a Gatford... —¿Ir a Gatford? Nunca sugerí tal cosa. No iba a contradecirle cuando estaba en un momento tan determinante de la vida, en el filo de la navaja de la muerte—. Vas a ir allí —dijo, anticipándose a mis dudas.

—De acuerdo —le dije. No tenía intención de hacerlo, pero mi amigo Harold iba a morir. ¿Debía añadir sufrimiento psicológico a su ya maltrecho cuerpo? Ni hablar.

—Cuando lo hagas... —balbució. Gesticuló con su cabeza para que me acercara más a él. Lo hice y me susurró—: Coge mi oro y véndelo. Compra una casita. Tan solo evita el medio. —Se interrumpió, inundando su boca de sangre al respirar. Ahogándose, empezó a toser. Intenté llamar al médico, pero su mano derecha agarró mi manga; de dónde sacó la fuerza es otro misterio sin resolver. Me atrajo a sus labios empapados de sangre—. En la parte de abajo de mi mochila —dijo. Fueron las últimas palabras de su vida, pero perfectamente claras.

Tuve que desenganchar sus dedos muertos de mi manga. Lloré como un bebé, no solo lágrimas sino también sollozos; me recordé a Verónica. Me levanté como pude, caí dos veces, y empecé a tambalearme desde el cadáver de Harold. Entonces me di cuenta —una prueba verdadera del profundo impacto de la muerte de Harold— de que la misma explosión de granada que había matado a mi amigo había rajado mi cadera y muslo derechos, empapando mis pantalones de sangre. No me desmayé inmediatamente, pero sí poco después, para recuperar la conciencia en un hospital. *Vale, ahí está mi trozo de oro*, fue el primer comentario poco afortunado que salió de mi cabeza.

Eso trae a colación otra vez la *terra incognita* de los siguientes días. Nunca regresé a las trincheras a mirar en la mochila de Harold.

Pero en la parte inferior de mi propia mochila, encontré un pedazo de oro del tamaño de una naranja. Como ya he informado, ahora tengo ochenta y dos años. En los últimos sesenta y cuatro años, no he encontrado solución a este enigma.

Otra pregunta (entre tantas) me incomodaba. ¿Evitar el medio de *qué*?

Así acabó mi relación con Harold Lightfoot.

Eso pensaba yo.

Tampoco pensé que nunca fuera a (por usar la palabra de Harold) “peregrinar” a Gatford, ya fuera para una visita o para establecerme. Con su horrible muerte tan próxima, estaba seguro (si alguna vez consideraba ir allí) de que volvería constantemente a mi memoria la visión de sus tripas: los blancos huesos destrozados, la lacerante carne triturada de sus órganos, el charco de vísceras alrededor de él. ¿Visitar Gatford para correr ese riesgo? Nunca jamás.

En mi vida, “nunca jamás” parece haber sido un elemento evanescente de mi léxico. Lo que hubiera debido decir siempre, lo reconozco, es: “Bueno, ¿quién demonios sabe?”. ¿Quién sabía que 1918 iba a alterar el curso de los acontecimientos que controlaban mi existencia? No soy un seguidor incondicional de la observación astrológica, pero durante un tiempo, he suspendido mi incredulidad en lo que al destino se refiere. El destino parecía determinado a mover mi culo a Gatford.

¿Cómo?

Elemento uno. La gripe mortal de mi hermana en 1918. Ella era, como bien sabes, extremadamente querida para mí. Su ausencia en el hogar creó un vacío imposible de llenar.

Elemento dos. El fallecimiento de mi madre el mismo año, creando un vacío aún más grande. ¿Acaso importaba que la causa no fuera la gripe? La causa fue...

Elemento tres. El capitán Bradford Smith White. ¿Quién necesitaba la gripe cuando siempre se disponía de un infierno conyugal? El conocimiento de este hecho exasperante fue adornado ese mismo año por una invitación del marine Rasputin. Ahora que había “logrado” quitarme de la cabeza el “juicio erróneo” acerca de la FEA, él estaba deseando pasar por alto mi “estupidez” y darme una posición “no militar” en la fuerza naval.

Eso me acabó de decidir. Gatford de repente parecía más tentador. Hasta el Hades habría sido más tentador. En abril de 1918, cuando me dieron de alta en el hospital y de todo servicio militar “debido a un impedimento físico”, arreglé las cosas para encontrar Gatford.

No fue tarea fácil. No estaba en el norte de Inglaterra ni tampoco en el centro de Inglaterra. Primer encubrimiento de los hechos por parte de Harold. ¿Quiso decir que debería “evitar” toda Inglaterra central cuando se refirió al “medio”? Como ya he dicho, ¿quién demonios sabe? Aguanté siguiendo las contrainstrucciones que me había dado para localizar Gatford. Me llevó tres semanas encontrarlo. Pero el recuerdo (y la conjura de mis tres elementos) me permitieron continuar. Y en una mañana de sol y brisa de mayo de 1918, encontré el hogar de Harold. Allí, tras recorrer alguna distancia desde la parada de autobús, me senté en una loma de hierba espesa, en parte para aliviar la cadera y la pierna, que aún me dolían de mi herida de metralla, pero sobre todo para echar mi primer vistazo a Gatford.

II



